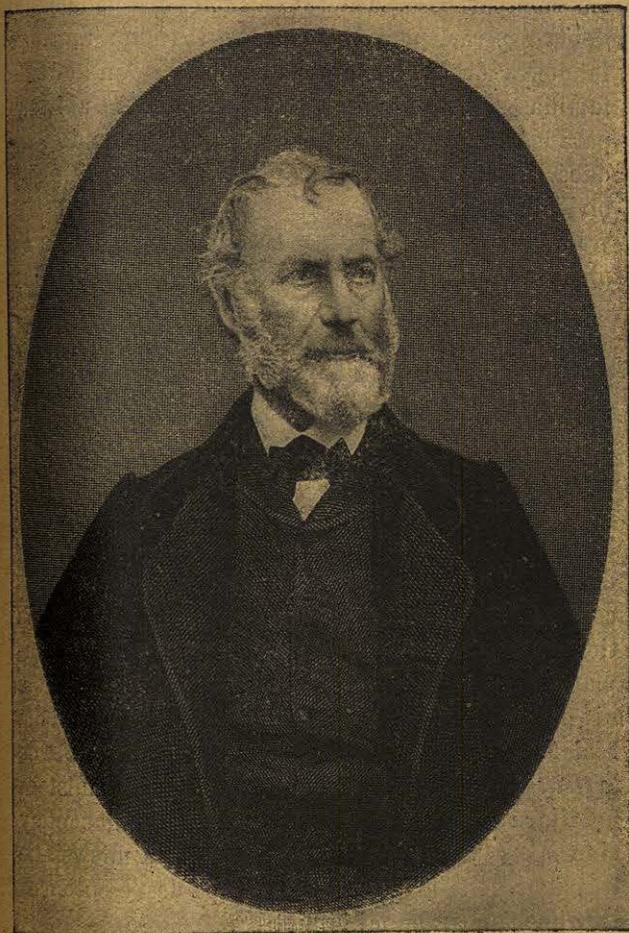


nas veces discretamente a hablar con ellos al salir de

## XVIII

El periódico *le Siècle*. — Henri Martin. — Leonor Havin. — Luis Jourdan. — Anatolio de la Forge. — Emilio de la Bédollière. — Concepción de *Lumen*, mi sexta obra. — La Escuela Turgot.

Especialmente el periódico *le Siècle* señaló estas clases con los mayores elogios. Yo tenía sin duda en aquel periódico amigos desconocidos. En el número del 4 de octubre de 1865, un gran artículo de dos columnas y media, firmado Luis Jourdan, estaba enteramente consagrado a mi obra *los Mundos imaginarios*. También tenía yo allí un amigo bien conocido y al que yo estimaba mucho, el historiador Henri Martin, al que yo había ido a dar las gracias por su benévola presentación de mi primer libro, en dos artículos particularmente estudiados bajo el punto de vista filosófico y que me había tomado gran afección. Madame Henri Martin me había tomado en seguida cariño, como una madre que comprendía mis entusiasmos. Entonces habitaban en la rue Montparnasse, junto a la iglesia de Notre-Dame-des-Champs, en la casa con jardín que después llegó a ser, según me parece, la casa del párroco, e iba algu-



HENRI MARTIN (1810-1883).

mi sala de trabajo del Bureau de Longitudes, muy cerca de la expresada casa. El autor de la *Historia de*

Francia se hacía construir entonces, en el cementerio Montparnasse, la hermosa tumba que felizmente debía esperarle por muchos años. Pero aun antes de la guerra de 1870 emigraron a Passy, a un hotel de familia cuyas puertas estuvieron siempre abiertas para mí. Hasta dormía allí algunas veces cuando quedaba hasta tarde en sus encantadoras reuniones y olvidaba la hora.

En estas comidas y en estas reuniones se vivía en plena atmósfera intelectual. Era la escuela de Juan Reynaud (l'Esprit de la Gaule), la de Hipólito Carnot (la République libérale), la de Eduardo Legouvé (l'Art littéraire pur); era la escuela platoniana moderna, y me satisfacía apagar en su límpida fuente la ardiente sed de mi alma.

M. y madame Henri Martin estaban rodeados de una deliciosa familia, la de su hijo el doctor Carlos Martin: un joven de alta cultura intelectual, hoy doctor en medicina como su padre, y dos jóvenes completamente angelicales. La dicha soñada sobre la tierra parecía haber establecido allí su oasis. Contemplación pura de lo bello y del bien, ninguna envidia ni ninguna ambición. Y ¡qué simplicidad! Un día recibí de la librería Furne los 17 volúmenes en 8º de la *Historia de Francia*, con una dedicatoria amistosa del ilustre historiador. Su gloria y sus cincuenta y cinco años daban simplemente la mano a mis veintitrés años. Esta magnífica obra ocupa desde entonces el primer puesto en mi biblioteca.

Mi desinterés y mi falta de ambición habían entusiasmado a aquellos excelentes corazones, y no sé verdaderamente cuál de los dos era mejor, si el del señor o el de la señora. En la Navidad de 1865, el

amable historiador me dijo: « Quiero hacerle un regalo para sus aguinaldos. El director de *le Siècle* me encarga de ofrecerle entrar en la redacción de ese periódico para una colaboración científica. Es preciso que tenga usted a su disposición un gran periódico de París. No hay uno, por otra parte, que sea leído por todo el mundo sino el nuestro. »

Acepté con reconocimiento aquella agradable proposición, dudando bien que el director de *le Siècle* no había ni siquiera pensado en mi humilde persona, y que el ofrecimiento venía de M. Henri Martin. Busqué un buen tema de artículo para inaugurar esta carrera y escogí un descubrimiento entonces nuevo en la ciencia: *La Composición química de los astros, revelada por el análisis de su luz*. Lo redacté lo mejor que pude y lo llevé a la redacción de *le Siècle*, entonces hundido en una vieja casa de la rue du Croissant.

Este primer artículo de mi colaboración en los periódicos diarios fué publicado en *le Siècle* del 12 de enero de 1866. Yo daba dos por mes. Estaban inscritos a razón de cien francos por artículo.

*Le Siècle* era el periódico francés más repartido, no solamente en Francia y en las colonias, sino también en el Extranjero. En todos los países, que fuese en América, en Inglaterra, en Alemania, en Italia, en España, en Holanda o en Suiza, si se pedía un periódico francés, se llevaba *le Siècle*. Tiraba 60.000 ejemplares y tenía ciertamente por lo menos diez veces más lectores. Sus redactores ejercían una especie de apostolado; sabían que eran leídos, escuchados, y que sus palabras no debían jamás volar ligeramente por el viento del azar.

Las oficinas del periódico no tardaron en mudarse a un hermoso hotel de la rue Chauchat.

El director era Leonor Havin, diputado de la Mancha, nacido en 1779, hijo de un convencional que había votado la muerte del rey (pero con tregua y apelación al pueblo). Murió en su casa de campo de Thorigny, el 12 de noviembre de 1868 y le hicimos magníficos funerales. Era un republicano a la vez convencido, moderado y extremadamente hábil, que supo, no sin dificultades, dirigir su periódico durante el Imperio y bordear sobre un mar sembrado de escollos. *Le Siècle* había sido fundado en 1836 y había sostenido siempre, desde su fundación, los principios de 1789. Havin había tomado su dirección en 1851, había protestado enérgicamente contra el golpe de Estado de 2 de diciembre y había conseguido salvar su periódico del naufragio de la República conservándole una poderosa autoridad, especialmente en el momento de las elecciones legislativas.

Los principales redactores se reunían por la mañana hacia las diez en su dormitorio. Permanecía en la cama y hablaba de las novedades importantes. Allí se veían particularmente a Luis Jourdan, Emilio de la Bédollière, León Plée, Edmundo Texier, Anatolio de la Forge, Taxilo Delord, Víctor Borie, Eugenio Tenot y Castagnary. Los otros redactores, tales como Henri Martin, Legouvé, Carlos Floquet, Corbon, Augusto Luchet, y Oscar Comettant, iban más bien por la tarde. M. Havin habitaba rue d'Aumale, y sus ventanas daban sobre el jardín de M. Thiers, que se veía algunas veces, levantado por otra parte desde la aurora. Se hablaba sobre todo política, naturalmente,

a veces literatura y raramente de ciencia y filosofía. Hacia las once, se oía ruido en una habitación inmediata que era el comedor. Era madame Havin que pasaba dando órdenes. M. Havin se levantaba delante de nosotros, como antiguamente Luis XIV en Versalles ante sus íntimos, y después nos marchábamos. Con mucha frecuencia también nos encontrábamos reunidos hacia las cuatro de la tarde en la oficina del periódico, rue Chauchat, pero entonces se hablaba casi exclusivamente de la composición del número. El célebre director iba desde la rue d'Aumale a la rue Chauchat en un lujoso landó tirado por dos soberbios caballos, que tuvo más de una vez la bondad de ofrecerme para hacer mis carreras, con cochero y lacayo. Pero como no podía por menos de dar una propina conveniente, aquel bondadoso servicio me costaba un poco más caro que una carrera a pie y hasta en coche, y encontraba prudente esquivar aquellos graciosos ofrecimientos.

Los redactores de *le Siècle* eran anticlericales, pero no materialistas. Luis Jourdan era a veces hasta de un espiritualismo casi místico. Escribió especialmente un curioso prefacio en *La Clef de la Vie* de Miguel de Figanières. Afiliado a los sansimonianos, había sido amigo del padre Enfantin y Emilio Barrault. Con él se podían tratar asuntos filosóficos y se conservaba siempre de sus conversaciones impresiones luminosas de justicia y de verdad. El alma quedaba con él llena de luz, como en la atmósfera de Provenza de donde era hijo.

Anatolio de la Forge era un ardiente republicano y un patriota inflamado, defensor elocuente de los pueblos oprimidos, de Italia hasta 1870 y de Polonia

siempre. Nombrado prefecto de l'Aisne por el gobierno de 4 de septiembre, organizó la resistencia de San Quintín, población abierta, con una tal energía, que los prusianos invasores se vieron obligados a retroceder.

Permaneció partidario de la guerra sin cuartel. Este soldado civil era un hombre excesivamente amable y de los más modestos. Me acuerdo que en 1866 el estatuario Guerlain, ocupado en hacer su busto, vino a buscarme de su parte, con una carta suya, rogándome de tomar el tiempo de poner, porque, decía él, « se debía empezar por mí ». Y, en efecto, temporizó de tal manera, que mi busto fué terminado antes que el suyo.

En el establecimiento de la República, en 1871, fué diputado por París y después vice-presidente de la Cámara. Me parece que su prematura muerte fué voluntaria.

Taxilo Delord era un crítico bastante acerbo, juez un poco severo de los hombres y de las cosas y, por otra parte escritor cáustico y frecuentemente festivo, especialmente en sus crónicas del *Charivari*. Se le debe una *Historia del Segundo Imperio* que no carece de detalles interesantes y de retratos finamente esbozados.

Emilio de La Bédollière era el tipo de la alegría perpetua, sensual, gran bebedor ante el Eterno, poeta, escritor de un estilo neto, preciso, incisivo y que no contribuyó poco a la popularidad de *le Siècle* por su correo diario, de una inagotable fecundidad. La Bédollière era marqués pero de un republicanismismo tan desinteresado, que jamás hizo ostentación de su título. Era también cancionero y me acuerdo,

entre otras, de la canción que había compuesto para la inauguración del puente del Rhin, entre Estrasburgo y Kehl, fiesta en la que teníamos a nuestra cabeza al ingeniero Perdonnet. ¡Entonces éramos todos víctimas del maquiavelismo de Bismarck! Este famoso puente se había terminado en sus dos extremos, lado de Francia y lado de Alemania, por calzadas móviles, que se debían hacer girar en caso de guerra; pero aquello, según se decía, no era más que una precaución estratégica inútil, porque los dos pueblos *hermanos* no debían jamás armarse el uno contra el otro.

En mi obra *L'Inconnu et les problèmes psychiques* he contado la anécdota del matrimonio de La Bédollière, debido a un sueño premonitorio de su novia.

Todos mis colegas de la redacción de *le Siècle* eran de una edad muy superior a la mía. Havin, como hemos dicho, había nacido en 1799, Henri Martin y Luis Jourdan en 1810, Emilio de La Bédollière en 1814, Taxilo Delord en 1815 y Anatolio de la Forge en 1821. Me habían adoptado sin embargo todos con cordialidad. Por otra parte, presentado por Henri Martin, como lo había sido, no se me había discutido.

Me acuerdo sin embargo que un día de primavera de 1866, como hubiera contado, quizás un poco ingenuamente, mi viaje al Havre, de que ya he hecho mención, advertí ligeras sonrisas en los labios de mis venerables colegas.

Habiendo quedado M. Havin, director del periódico, uno de los últimos, le pregunté si sabía por qué parecía que se burlaban de mí, y me replicó: « Tardará usted mucho tiempo en adivinarlo, porque

no se trata ni mucho menos de su relato. — Entonces, ¿de qué? ¿de mi persona? — Aun menos, porque usted sabe bien que nos ha sido a todos muy simpático. — Entonces no comprendo. — Pues bien, se sonreía porque pagó usted su billete en ferrocarril, y viajó usted en 3ª clase. — ¿Por qué? Yo no soy rico, y además compro libros. — No es eso. Mi joven amigo, esos señores están orgullosos de pertenecer a la redacción de un gran periódico, y se decían que no se debe viajar más que en primera clase y... no pagar. Si no me engaño, usted ha hecho allá su primer viaje pagando; en adelante, viajará usted como acabo de decirle.

Entonces supe que los periódicos tenían tratados con las compañías de ferrocarril y que los escritores conocidos recibían permisos. M. Havin tenía razón: aquel primer viaje al mar fué mi último viaje pagando, y desde entonces he seguido el uso de viajar en primera clase sin abrir el portamonedas.

En *le Siècle* se ocupaban poco de ciencia y, aparte Víctor Borie y Marco Antonio Gaudin, yo era allí casi el solo para tratar las cuestiones científicas. M. Havin se interesaba en ellas sin profundizarlas. Existen talentos muy distinguidos bajo el punto de vista de los estudios literarios, de la erudición histórica, de los conocimientos del Derecho y de la Jurisprudencia, etc., que son absolutamente refractarios a las especulaciones científicas un poco transcendentales. Tal me parecía ser el director de *le Siècle*. Como ejemplo de ello, citaré el hecho, seguramente raro, de que no comprendió jamás el principio sobre que yo había concebido mi novela astronómica de *Lumen*.

Esta historia celeste se formó en mi pensamiento

cierta noche de fines del año 1865. Como he dicho, yo habitaba entonces en el pasaje du Saumon, habiendo podido conciliar la necesidad de silencio del trabajador intelectual con los trabajos de mi padre y de mi madre. Las habitaciones que ocupábamos estaban en el primer piso, con altas ventanas cintradas estilo Luis XIV. El aire no era quizás muy puro, porque las ventanas daban sobre el pasaje; pero, por otro lado, había un patio bastante vasto. Así pues, una noche me senté en una butaca y pensaba, como en una cama, con las ventanas abiertas. El ruido monótono de los pasos por el pasaje no tardó en adormecerme.

En 1864 había yo publicado en el *Magasin pittoresque* una nota sobre el retraso causado en nuestras observaciones de los aspectos de los astros por el tiempo que los rayos luminosos emplean para llegar desde esos astros hasta nosotros. Esta nota había sido objeto de una discusión ante M. Charton, por los miembros del Bureau de Longitudes, MM. Mathieu y Laugier. Pensaba en ello medio dormido, cuando de pronto hirió mi espíritu el pensamiento siguiente: puesto que vemos las estrellas con un retraso de varios años causado por la duración del trayecto de su luz hasta nosotros, de igual manera, de esas estrellas, la historia de la Tierra está en retraso de la misma cantidad, y de tal estrella, el observador que pudiera distinguir nuestro planeta, la vería actualmente, no como ella es hoy, sino tal como era en el momento en que partió el rayo luminoso que llegó allá, o tal como ella estaba hace diez, veinte, cincuenta años, según las distancias.

Mi novela astronómica de *Lumen* acababa de crearse

espontáneamente en mi pensamiento. La forma de diálogo entre un muerto y un vivo que imaginé, me pareció la mejor — y aun la sola posible — para este género de demostración.

Pues bien, este hecho, excesivamente sencillo, del retraso de los rayos luminosos transportando a través del espacio la historia de los mundos, retraso tanto mayor cuanto más larga es la distancia recorrida, no fué jamás comprendido por M. Havin. Cuando yo le decía que alejándose bastante de nuestro planeta se podría volver a ver directamente el golpe de Estado del 2 de diciembre, no lo admitía. Su objeción era siempre la misma: el acontecimiento de tal o cual fecha ha pasado y, no existiendo ya, es imposible volverlo a ver. Le daba el ejemplo del sonido de una campana, que se transporta por el aire a razón de 335 metros por segundo y, no siendo oído ni percibido sino diez segundos después del choque esto suponía una distancia de tres kilómetros entre el campanario y el observador. Suponga usted, añadía yo, que la campana se rompe inmediatamente después del último choque del badajo, y su destrucción no impediría viajar al sonido. Estas objeciones hechas igualmente por otras personas, me fueron extremadamente útiles para forzarme a explicar este fenómeno físico, por otra parte bien original a primera vista, y creo que si el pequeño libro de *Lumen* fué repartido por el público a más de cien mil ejemplares, se debe a que me creí obligado a explicar clara y popularmente esta especie de paradoja en virtud de la que los acontecimientos pasados quedan presentes por la luz.

Esta composición, que fué impresa primero por la

bella revista de Arsenio Houssaye, *el Artista*, y publicada en seguida en volumen en mis *Relatos del Infinito*, y después separadamente bajo su propio título, se encuentra ser, en el orden cronológico, mi sexta obra.

Como dejo dicho, M. Havin no era el solo que no pudo comprender esta paradoja. Es preciso aportar a ello una atención muy lúcida y muy tenaz. Por otra parte, *le Siècle* no era seguramente un periódico científico.

Me recuerdo que al verme investido de esta redacción, uno de mis antiguos colegas del Observatorio me censuró en extremo diciéndome que, en el momento en que empecé a ser periodista, dejé de ser astrónomo, a lo cual le repliqué: ¿Es que León Foucault ha cesado de ser el primer físico de Francia al aceptar la redacción científica de *les Débats*?

Pero volvamos a mi curso de Astronomía popular en la Asociación politécnica.

Este curso tenía lugar todos los jueves por la noche.

El anfiteatro de la Escuela Turgot era a cada lección demasiado exiguo para contener la multitud de discípulos y de oyentes, y el patio estaba lleno de curiosos que deseaban instruirse, pero llegados demasiado tarde para coger sitio en los bancos, o a lo largo de los muros. Tanto, que un día estaba el patio tan lleno, que me fué imposible atravesarlo a mi llegada, y aquel gentío no consintió dejarme pasar sino al sentir el ruido de la sala pataleando sobre el piso. En aquel momento se hablaba mucho de la reconstitución de la Escuela, con entrada por la rue Turbigo, y su director, M. Marguerin, acariciaba el

plan de un hermoso anfiteatro, doble o triple del primero. Frecuentemente me había comunicado su disgusto por la lentitud de la administración sobre la adopción de un proyecto ya antiguo. Era en marzo de 1866, y se empezaba a abrir la rue Turbigo, donde está ahora la entrada de la Escuela Turgot. Me vino la idea de ir a visitar al ministro de Instrucción pública, M. Victor Duruy, y saber por él si aquella sala tan deseada podría estar construída para la entrada en clases de octubre próximo. ¡ La juventud no duda de nada !

## XIX

El ministro de Instrucción pública, Victor Duruy. — Las condecoraciones. — Fundación de las conferencias en el boulevard des Capucines. — Las proyecciones. — Fundación de la Asociación politécnica de Chaumont. — Vacaciones en el Alto-Marne. — Un tiro científico.

Al llegar al ministerio me llamó extremadamente la atención ser recibido inmediatamente por el ministro, porque me había figurado que era necesario hacer antesala durante mucho tiempo y hasta solicitar una audiencia y esperar el día y la hora acordados. Por una feliz casualidad sin duda el ministro estaba libre en aquel momento. Pero lo que quiera que sea, a mi llegada a su despacho, se levantó, me tendió las manos y me hizo sentar a su lado. Le expuse el objeto de mi visita y me prometió ocuparse de la cuestión y responderme antes de ocho días, lo cual tuvo lugar en efecto. Después me cumplimentó por mis artículos de *le Siècle*, que leía según me aseguró amablemente, con el más vivo interés. Era la primera vez de mi vida que hablaba con un ministro, y me hallaba a la vez honrado y sorprendido de la afabilidad y la sencillez de aquel célebre escritor, cuyas obras hacían ley en todas las escuelas del Im-